

# RECENSIONES

Vicenç FISAS ARMENGOL. *Guía bibliográfica sobre estrategia y proliferación nuclear*. Barcelona. Publicacions de la Fundació Jaume Bofill. 1983, 255 pp.

El interés y la importancia que los problemas estratégicos y la proliferación nuclear tienen en nuestros días es algo que no se le escapa a nadie que reflexione mínimamente sobre la existencia y supervivencia de la humanidad sobre el planeta Tierra. Las razones de ello son evidentes. La humanidad corre en la actualidad un riesgo sin precedentes en la historia como consecuencia de la carrera de armamentos, de los continuos adelantos técnicos en materia armamentista y, en suma, de la capacidad destructora del arma nuclear. En este sentido, la propia supervivencia de la especie humana esta amenazada.

Al lado de esta preocupación que ha motivado que en los últimos tiempos se desarrollen espectacularmente los estudios estratégicos y de investigación sobre la paz, orientados a evitar esa destrucción, no se puede olvidar el propio interés que las grandes potencias, poseedoras del arma nuclear, tienen en orden a adecuar sus concepciones estratégicas a criterios de eficacia defensiva y ofensiva. En estos casos no se mira tanto a la evitación del enfrentamiento nuclear como a hacer creíble la amenaza en función de los intereses defensivos y expansionistas de esas potencias. El resultado ha sido que también de este lado hayan proliferado los estudios estratégicos.

De esta forma, civiles y militares, desde posiciones críticas u oficialistas, se ocupan de forma creciente de los problemas estratégicos y una materia que tradicionalmente era casi parcela exclusiva del mundo militar ha pasado a ser materia de interés general y universal. La proliferación de publicaciones de todo tipo sobre estrategia nuclear, disuasión, carrera de armamentos, proliferación nuclear, desarme e investigación sobre la paz constituye, así, una de las características más sobresalientes del actual estado de los estudios internacionales.

Sin embargo, en términos generales, ese desarrollo, al ir íntimamente unido a la condición de gran potencia de un Estado, ha quedado hasta fecha reciente circunscrito en el mundo occidental a los países anglosajones. Excepción relevante en este punto lo han constituido, sin embargo, los países del norte de Europa, que, o bien por la especial sensibilidad que por razones históricas y geoestratégicas sus poblaciones tienen sobre el peligro nuclear, o bien por su carácter de Estados neutrales o neutralizados, han dedicado ya desde hace tiempo una especial atención al estudio de estas cuestiones.

En el caso de España el interés por los problemas que plantea la amenaza nuclear ha sido hasta finales de los años setenta casi nulo. Dejando de lado algunas aportaciones realizadas en el ámbito exclusivamente militar, la laguna en este tema ha sido total. Hoy, sin embargo, la situación va camino de invertirse y, de un lado, la opinión

pública y, de otro, los investigadores y estudiosos empiezan, aunque todavía a un nivel no comparable con el de otros países, a preocuparse por esta problemática.

En este contexto de pobreza investigadora, que acabamos de señalar, tiene una especial importancia la *Guía bibliográfica sobre estrategia y proliferación nuclear* de Vicenç Fisas Armengol.

El autor, coordinador del Departament d'Estudis de la Pau i dels Conflictes del Centre d'Informació i Documentació Internacionals a Barcelona<sup>1</sup>, es un estudioso preocupado ya desde hace años por los problemas de la guerra y la paz. Autor de varias monografías sobre problemas ecológicos y de investigación sobre la paz<sup>2</sup> y colaborador asiduo de varias revistas con trabajos sobre los temas que nos ocupan, sus aportaciones han traído un aire nuevo, por su enfoque comprometido y progresista y por la apertura, de dimensiones ignoradas, en los estudios internacionales en España.

El punto de partida de la obra descansa en el hecho de que la estrategia y la proliferación nuclear, en definitiva, la utilización militar del átomo, son cuestiones de un alcance y de una repercusión directa que sobrepasan las fronteras geográficas de las grandes potencias, para convertirse en un asunto de carácter universal, en un asunto vital, que concierne a todos. De esta forma, la obra ha sido concebida para estimular esa discusión y enriquecerla, desde la perspectiva de que es necesario conocer lo que se ha dicho y hecho hasta el momento.

Las limitaciones de la bibliografía, que, como el mismo autor reconoce, no ha pretendido ser exhaustiva, vienen dadas sobre todo por razón del carácter individual del trabajo, derivado de la ausencia de un centro adecuado para la realización de este tipo de investigación. Lo anterior, sin embargo, no le ha impedido incluir más de 2.000 referencias, tanto de libros y opúsculos como de artículos de revistas. Desde el punto de vista del período abarcado se ha dado preferencia al material publicado a partir de 1960, llegando lo recogido hasta febrero de 1982.

La obra se divide en 24 apartados y 16 capítulos. Cada uno de ellos va precedido de un comentario general, que persigue introducir al lector en el tema concreto del mismo, destacándose los autores más significativos y los centros y revistas que se ocupan especialmente del mismo. Un 56 por 100 de la bibliografía hace referencia a la estrategia nuclear, en general y por países. Un 21 por 100 se ocupa de la proliferación nuclear y un 11 por 100 de los armamentos nucleares, con especial referencia a la bomba de neutrones, los misiles *Cruise* y *MX*. El resto se dedica a cuestiones conexas como «Efectos y consecuencias de la guerra nuclear», «Terrorismo y accidentes nucleares» y «Defensa civil y prevención de la guerra nuclear».

Se acompaña la bibliografía de cuatro anexos, que consideramos de utilidad. El primero es un índice de autores. El segundo incluye las revistas más utilizadas en la obra. El tercero recoge y da cuenta de los centros e instituciones que prestan mayor atención al tema de la estrategia nuclear. Finaliza la obra con un pequeño diccionario terminológico sobre el tema.

<sup>1</sup> El papel que el Centre d'Informació i Documentació Internacionals a Barcelona (CIDOB) está realizando en la divulgación y desarrollo del estudio de los problemas mencionados es en el contexto español especialmente importante. Sus cursos regulares sobre problemas internacionales y la publicación regular de un *Dossier-CIDOB* y de la revista *Afers Internacionals* constituyen una experiencia ejemplar en un país como España, que carece todavía lamentablemente, con esa excepción, de un Centro o Instituto de Estudios Internacionales similar a los ya existentes en todos los países desarrollados.

<sup>2</sup> Entre sus trabajos más importantes hay que señalar: *El poder militar en España* (Barcelona, 1979) y *Crisis del militarismo y militarización de la crisis* (Barcelona, 1982).

## RECENSIONES

La guía bibliográfica se ha elaborado desde una posición no partidista, procurando no tomar postura ante los problemas tratados. Es, así, una obra de información. Sin embargo, tanto en los nombres como en los trabajos recogidos existe un cierto predominio de las fuentes independientes y críticas sobre las fuentes más o menos oficiales.

Desde un punto de vista crítico sólo puede achacarse a la bibliografía la ausencia de fuentes en lengua rusa y alemana, si bien el mismo autor reconoce esa limitación, que explica por razones lingüísticas.

En resumen, la obra que comentamos constituye un importante, casi diría indispensable, trabajo en el desarrollo de un campo de estudio de importancia vital y que en nuestro país ha sido en líneas generales ignorado. De ahí, el mérito que la misma tiene.

Fisas Armengol rinde, de esta forma, un valioso servicio al conocimiento de una problemática que no podemos soslayar, pues de la misma depende nuestra propia supervivencia. Esperemos que su esfuerzo sirva para que en España todos nos ocupemos más y mejor de los problemas internacionales.

CELESTINO DEL ARENAL

DOMINGO DEL PINO: *La última guerra con Marruecos: Ceuta y Melilla*. Barcelona, Argos-Vergara, 1983, 298 pp.

Dos son los iniciales planteamientos, que de una primera aproximación a este interesante libro, sugiere la lectura del mismo. En primer lugar, el de la historia de la presencia española en Africa, continente que tanto significado, aunque no bien conocido ni resaltado, ha tenido a lo largo de los siglos en las relaciones exteriores de nuestro país, y con la especial referencia y simbolismo de que esta presencia histórica de España en Africa comenzó en las ciudades de Africa del Norte —del Maghreb—, donde por un singular proceso histórico aún se mantiene, siendo las ciudades de Ceuta y Melilla junto con otros enclaves intermedios, en nuestros días, los últimos lugares actuales de esa continuada permanencia española en el continente africano, última presencia sometida a constantes tensiones y presiones por las reivindicaciones marroquíes en la dinámica de la situación internacional de nuestra época. Y en segundo lugar, sugiere este libro la evidencia de la falta en la historiografía española actual, en comparación con la anglosajona y la francesa, por ejemplo, tan próximas por tantas razones a nosotros, de trabajos como este sobre temas de actualidad nacional en el marco de la política internacional sobre una base histórica.

Es en este doble contexto en el que situar este oportuno libro que estudia las circunstancias, históricas y actuales, de la presencia española en Ceuta y Melilla, dentro del plano, por un lado, de las políticas nacionales recientes de España y Marruecos y las problemáticas relaciones entre ambos países, y por otro, de la agitada política internacional en torno a Africa del Norte y, más en concreto, del Maghreb. El libro se compone de una introducción, seis partes y unos anexos documentales. Su autor es un periodista especializado en los temas afroasiáticos, en especial de los países árabes, sobre los que tiene varias publicaciones, y conocedor de la realidad actual y de la historia de tales países, por lo que su trabajo además de aportar un tema de total actualidad, contiene los rasgos de una bien planteada investigación histórica.

En la introducción y la primera parte expone el autor los antecedentes históricos de la situación existente en la región y en las ciudades de Ceuta y Melilla a lo largo de los siglos, con la presencia de España y la acción marroquí. La segunda parte está dedicada al estudio de la nueva situación creada en la zona con las independencias norteafricanas —de Marruecos en 1956—, su reivindicación de los territorios ocupados, la actitud española y las repercusiones de las políticas de ambos países en la cuestión del Sahara, con el acuerdo de 1975 sobre esta región. La tercera parte recoge el desarrollo de las relaciones hispano-marroquíes, con el asunto primordial de la cuestión pesquera y las relaciones entre ambas monarquías en la fase de la transición y el establecimiento de la democracia en España con el gobierno de la UCD y la visita del jefe del Gobierno español a Ceuta y Melilla. La cuarta parte estudia la evolución de la situación durante los años 1981 y 1982, con especial referencia a la coyuntura internacional: la victoria socialista en Francia y el viaje pro norteamericano del rey de Marruecos. La quinta parte ofrece la perspectiva creada por la nueva situación en España: la victoria socialista en las elecciones de 1982 y la acción del Gobierno español del PSOE de aproximación a Marruecos para salvaguardar la estabilidad de la región norteafricana, con la visita del nuevo jefe del Gobierno socialista a Marruecos a comienzos de 1983, así como la polémica creada en torno a Ceuta y Melilla por la persistente presión marroquí. La parte sexta y última expone, por un lado, los problemas que plantean las constantes reivindicaciones marroquíes de Ceuta y Melilla, y por otro, los obstáculos con que se enfrentan las actuales relaciones hispano-marroquíes.

Como indica el autor en el libro, intenta éste, y lo consigue plenamente, actualizar y analizar la reivindicación de Ceuta y Melilla y las islas intermedias: Alhucemas, Chafarinas y Vélez de la Gomera —el «paquete reivindicativo» marroquí— por Marruecos en el contexto de las relaciones hispano-marroquíes desde una perspectiva histórica, y en especial desde la cesión del Sahara en 1975: dos gobiernos democráticos de la transición —ambos de UCD— y un tercero, socialista, desde fines de 1982, se reparten este último período de animadas controversias, exponiendo a modo de conclusión «una política realista para hacer frente a esta reivindicación», que de manera inevitable se encuentra relacionada con la cuestión de Gibraltar. Todo este asunto constituye hoy uno de los principales problemas, no el único, de la política exterior de España, vinculado, no debe olvidarse, al problema saharauí en cuyo planteamiento tuvo una esencial responsabilidad el Gobierno español de entonces; y también es, al mismo tiempo, el único riesgo potencial de un conflicto para los españoles, por otro lado latente y siempre presente en la realidad de la política exterior española.

Aunque es la cuestión más grave a la que deberá hacer frente, tarde o temprano, el Gobierno español en algún momento determinado, no es ni debidamente analizado ni suficientemente conocido, optándose hasta ahora por la indiferencia e incluso ignorancia ante la conflictiva evidencia de su realidad. Este ambiente ha motivado incomprensiones y dificultades en las siempre difíciles pero necesarias relaciones entre España y Marruecos, países entre los que se juega el destino futuro de ambas ciudades norteafricanas, que desde una perspectiva histórica, y con la experiencia aportada por la comparación con casos análogos, en el contexto de los vientos que corren por Africa y en la coyuntura internacional de nuestro tiempo, lo menos que puede decirse es que les espera un destino incierto, del que sólo el tiempo por venir podrá decir la última palabra.

El trabajo incluye a lo largo de sus páginas un conjunto de notas y referencias bibliográficas en las que se apoya el estudio, además de mapas e ilustraciones. En sus últimas páginas añade un anexo documental integrado por nueve textos y documentos de interés histórico y de actualidad en relación con aspectos del tema estudiado.

JOSÉ U. MARTINEZ CARRERAS

VÍCTOR MORALES LEZCANO: *España y el Norte de África: el Protectorado en Marruecos (1912-1956)*. Universidad Nacional de Educación a Distancia, 1984, 249 pp.

El profesor Morales Lezcano —historiador especializado en temas marroquíes sobre los que ha publicado interesantes artículos y una monografía renombrada, en la Editorial Siglo XXI, que le han labrado un sólido prestigio— nos ofrece una nueva obra en la que estudia una cuestión tan importante y controvertida como es el Protectorado de España en Marruecos.

Se trata de un trabajo muy completo para el que ha manejado abundante material bibliográfico y documentación de archivos españoles y extranjeros así como fuentes orales mediante entrevistas realizadas a personalidades que residieron en Marruecos en la época considerada. Se trata, en suma, de una obra importante, casi exhaustiva, que aborda la cuestión con honestidad y rigor científico.

El libro, señala la introducción, «ha sido pensado como un trabajo de síntesis ..., es decir, el conjunto de mecanismos, intereses y proyectos que solapándose unos con otros tradujeron el africanismo de fin de siglo en el Protectorado español en el Norte de Marruecos». La naturaleza de algunos de los temas, sobre los que vierte el profesor Morales Lezcano la hondura y responsabilidad de su reflexión, haría compleja, nos mueve a vaticinar que este libro, a pesar del alto mérito que ya representa, tendrá que ser ampliado posteriormente en alguno de sus capítulos para convertirse en la obra definitiva que ya queda perfilada y que el autor —historiador joven, de ponderado juicio y con una impresionante capacidad de síntesis— es plenamente capaz de llevar a cabo.

El capítulo I, y parte del II, es una excelente sinopsis de las complejas relaciones hispano-marroquíes. Parte de la época de los sultanes Muley Soleiman (1792-1822) y Muley Abderrahmán I (1822-1859). Años cruciales porque ambos Estados atravesaban sendas crisis que es preciso tener en cuenta «para entender» la cuestión de Marruecos «que se resolvió con la implantación del Protectorado hispano-francés en 1912». Esa etapa precolonial está bien bosquejada en lo que el autor califica de «tres claves de bóveda» o puntos esenciales en los que «descansó la estructura de las relaciones hispano-marroquíes» durante ese período. La «guerra de África» (1859-1860) introdujo «un cambio de sentido» en las mismas «ya que, a partir del Tratado de 1861, la autoridad del Majzen experimenta un recorte de sus atribuciones territoriales». Aunque se refiere Morales Lezcano a «la insolidaridad de muchos súbditos marroquíes» lo que, concertado con el «asedio europeo del bastión xerifiano» dan por resultado las crisis marroquíes de 1904 y 1911, de las que surge el Protectorado, el panorama de esa época —«el Marruecos descompuesto y anárquico de 1894 a 1912» en palabras de Cordero Torres— merecería mayor detalle puesto que incide, de modo directo, sobre las distintas interpretaciones, de diferente signo, de que ha sido objeto el Protectorado.

Morales Lezcano pone especial énfasis —y esto es un magnífico ejemplo de objetividad— en sus referencias a los políticos que mantuvieron la idea de una aproximación pacífica a Marruecos. En estas páginas se menciona la orientación de Cánovas del Castillo propugnando una política respetuosa con el Imperio Xerifiano. Joaquín Costa exige la renuncia a cualquier empresa guerrera en el Magreb y defiende su independencia, fiel a su lema de «siete llaves al sepulcro del Cid». Maura Gamazo sigue la misma trayectoria. La realidad es que pensadores y estadistas no hacen sino reflejar la opinión popular que —salvo, tal vez, durante la «guerra de Africa» del 1859— fue sistemáticamente adversa a toda empresa bélica en el Norte de Africa. Esa repulsa llegó a su más alto grado durante la «semana trágica». «España, oscilante más que nunca, ... quiso combinar su inveterada preocupación por los presidios de la costa africana, ... con la defensa del principio del statu quo en Marruecos» (pág. 21). De no haber intervenido factores foráneos es posible que las relaciones hispano-marroquíes hubiesen seguido otros derroteros. Pero, como Morales Lezcano aclara, la acción de Francia, Gran Bretaña y Alemania fue decisiva: «las tres determinaron, además, la función histórica de España en el noroeste de Africa, en la medida en que cada una de ellas intentó utilizar a la representación diplomática española para el beneficio de la causa nacional respectiva que el imperialismo europeo se disputó en Marruecos» (pág. 23). Decidida la ocupación del territorio marroquí por las grandes potencias, resulta comprensible —aunque no disculpable— que el Gobierno español, para no ver a su país emparedado por Francia al Norte y Sur, aceptase el árido y exiguo territorio que constituyó su Protectorado.

En el capítulo II se contiene un útil resumen del «africanismo español» que «no fue una excepción, sino un corolario sui géneris, de la trayectoria del africanismo y el imperialismo colonial anglo-francés de fin del siglo» (pág. 46). Está condensada, de forma magistral, la acción del africanismo en sus diversas etapas y figuras, muchas de las cuales «están exigiendo exhumación» (pág. 49). Polémico resulta el apartado «3. El africanismo de régimen franquista» donde Morales Lezcano dice que «como respuesta al ostracismo... el Régimen intentó potenciar ... el africanismo» (pág. 61). Por desgracia la realidad fue mucho más limitada, puesto que, cuando existió, fue mínima. El estudio y la investigación científica del Protectorado no fue apoyado ni siquiera estimulado. De los organismos que menciona el autor, y que creó el régimen, el Instituto de Estudios Africanos fue, principalmente —exceptuados los estudios geológicos que contaban con personal especializado—, una editora de obras ofrecidas por autores que —a sus expensas y sin ayuda oficial, en la mayoría de los casos— se dedicaron a estudiar temas marroquíes. La Sección de Estudios Africanos del Instituto de Estudios Políticos no tenía más finalidad que publicar una revista, *Cuadernos Africanos y Orientales*, cuyo Consejo de Redacción estaba compuesto por cuatro especialistas, carecía de autonomía administrativa y de consignación presupuestaria. Otro tanto se puede decir de aquellas entelequias que fueron los Institutos Muley el Mehdi y General Franco, dependientes de la Alta Comisaría. Tan sólo el Museo Arqueológico de Tetuán —que implicaba las excavaciones arqueológicas— dispuso de algunos fondos con los que el profesor Tarradell logró resultados sorprendentes. De haber existido esa potenciación se hubieran logrado espléndidos resultados; pero, al tenerse que realizar sin auxilio económico de las autoridades, no lograron el nivel que hubiesen podido alcanzar. Morales Lezcano advierte esa realidad afirmando que «algunos africanistas escaparon a este enfeudamiento e hicieron lo que pudieron» (pág. 65).

En virtud de tales antecedentes resulta impropio la afirmación de que «Tomás García Figueras alentó la recopilación de obras y datos» (pág. 63). En su etapa de delegado de Educación y Cultura de la Alta Comisaría y otros cargos prepotentes (secretario general, delegado de Economía, delegado de Asuntos Indígenas, etc.) no sólo no alentó ninguna investigación sino que obstaculizó las que no redundasen en su propio prestigio personal. Esa personalidad fue la «eminencia gris» —los ojos y oídos de El Pardo en Tetuán— que controló la política del Protectorado desde 1936 a 1956. Resoluciones aparentemente inexplicables tuvieron su origen en este singular personaje.

El capítulo III está dedicado a «La guerra de Marruecos y el Ejército de Africa (1912-1930)». La extensísima experiencia que posee Morales Lezcano en temas marroquíes se evidencia en el medio centenar de páginas que lo integran. Después de establecer los conceptos básicos de la «acción» del Estado español en el Norte de Africa resume el desarrollo del Ejército de Africa como consecuencia de la guerra. Pone de relieve cómo, desde el principio, los militares «tendieron a dividirse entre aquellos claramente partidarios de una utilización contundente de la fuerza, animados por Cándido Lobera, redactor-jefe del periódico *El Telegrama del Rif*, y los que, como Gómez-Jordana, Castro Girona, Capaz y Montes, propugnaron una estrategia combinada de actuación bélica y de gestión diplomática con los caides y notables de la zona» (págs. 87-88). El autor ha sabido penetrar en las mentalidades que se manifestaron a lo largo de todo el Protectorado donde siempre pugnarón dos actitudes contrapuestas respecto a la forma de enfocar todos los problemas. Y esto aconteció, también, respecto del rumbo político de España. Morales Lezcano dice que «antes de que hubieran transcurrido dos años del advenimiento de la Segunda República, el nuevo régimen encontró abiertos detractores entre la oficialidad, casi toda ella con una hoja de servicios nutrida de acciones, medallas militares, ascensos y laureadas ganadas en la guerra de Marruecos. Entre los múltiples enemigos de la Segunda República los generales de estirpe africanista —Sanjurjo, Mola, Franco y Godeu— no eran los más desdeñables» (pág. 91). No obstante, también aquí se presentó esa misma dualidad de criterios entre los militares africanistas y quizá la afirmación no deba ser tan rotunda puesto que no podemos olvidar que una parte importante del generalato africanista se mantuvo fiel a la República el 18 de julio. Así fueron fusilados, entre otros muchos, los generales jefes de Melilla y Valladolid por no sumarse a la rebelión. Y otros, también leales, fueron Miaja —africanista de pura cepa—, Núñez de Prado —«lealísimo a la República» como indicó el Gobierno de Madrid en un comunicado informando que le enviaba a Zaragoza, donde fue pasado por las armas, para abortar la insurrección—, Pozas, Batet, etc. Entre los jefes, Mangada encabeza una larga lista. Sin pasar por alto que Cabanellas, Queipo de Llano y Aranda, por su mentalidad e historial, en nada coincidían con los sublevados y se alzaron en armas por opiniones y motivos personales marginales. Entre la oficialidad forjada en Marruecos, auténticos africanistas, figura el «mártir de la República», capitán Fermín Galán, el bravo capitán Muñiz, que fue su compañero en Jaca, y el héroe de la aviación republicana, capitán Joaquín Mellado Pascual. Esto sugiere la idea de que más que una mentalidad propia, la insurrección fue estimulada por los jóvenes oficiales que, en su mayoría, no habían participado, por obvias razones cronológicas, en la guerra de Marruecos. Sería muy interesante un amplio análisis de esta cuestión. Es un capítulo muy denso y bien logrado.

El capítulo IV contiene el estudio de «Las fuerzas económicas hispano-francesas y su impacto material en Marruecos». Dice que «los efectos del Protectorado europeo

## RECENSIONES

sobre la estructura del Gobierno central autóctono, sobre los mecanismos de autoridad tradicionales en las ciudades (Bajáes) y en el campo (Caides), sobre la población marroquí, en general, fueron complejos e iban a ser duraderos» (pág. 145). Coincidimos plenamente. Todo lo que de bueno y de malo aportaron los protectorados a la vida marroquí se ha mantenido puesto que implicaron un cambio en la mentalidad y condiciones de las jóvenes generaciones. Desde la aparición de los protectorados, Marruecos se acostumbró a vivir en orden y se perdió el hábito de la anarquía. Así el Marruecos independiente ha podido conciliar el respeto a lo tradicional con el progreso de tipo occidental. En más de cincuenta páginas se estudian interesantes aspectos económicos y de ellos se desprende la escasa incidencia del capitalismo español en su protectorado.

Cierra el libro unas sustanciosas «conclusiones generales y perspectivas de estudio».

Esta obra es un paso decisivo en el estudio del tema que desarrolla. Por sus múltiples aciertos merece todo género de aplausos.

MARÍA DOLORES SERRANO PADILLA

JOHN LEWIS GADDIS: *Strategies of containment: A critical appraisal of postwar American National Security Policy*. Oxford University Press, Nueva York, 1982. 432 pp.

Que los problemas de seguridad internacional van calando de alguna manera en nuestro país es ya una cuestión evidente. Basta darse una vuelta por las librerías y comprobar la creciente actividad editorial centrada en tales cuestiones. Aun así, un retraso histórico sólo acortado muy recientemente, la falta de marcos apropiados (esa lamentable ausencia de departamento, alguno dedicado a la defensa), el esfuerzo informativo que supone a los civiles adentrarse individualmente en un mundo las más de las veces de estricto carácter reservado, hacen de los estudios estratégicos en España trabajos fragmentarios, inconexos e incluso de difícil difusión.

No obstante, como decimos, esta lamentable situación va cambiando. La absorción de la idea de seguridad occidental cobra toda su importancia en nuestro país tras una valoración del significativo año 1979, con una nueva percepción de las amenazas generales, regionales y nacionales y, además, por una cierta conexión con los movimientos pro desarme y por la paz europeos, consecuencia del debate sobre los traídos euromisiles.

Pero a pesar de que en este año pasado hemos conocido un verdadero derroche de artículos, noticias y opiniones sobre la seguridad en Europa, no vamos a presentar aquí la obra más reciente, la más polémica y en candelerío. Lo que nos atrevemos a calificar de «debilidad endémica» del pensamiento estratégico español (nada raro por lo demás en una nación de tradicionales debilidades endémicas) hace que optemos por un pequeño respiro histórico y editorial.

Mucho de lo dicho y escrito sobre estrategia en estos meses ha sucumbido a la presentación de unas armas sofisticadas y en continuo perfeccionamiento, relegando descuidadamente el necesario análisis de los conflictos, su historia y las causas que les subyacen.

No pretendemos menospreciar ese tipo de análisis, tan necesario en ciertos niveles, pero creemos que si de verdad buscamos una mayor comprensión de lo que estamos



viviendo, lo que algunos llaman «la nueva guerra fría», a fin de que nuestro país y nosotros mismos aportemos algo positivo a la amenazada situación actual, estamos obligados a no enjaularnos más de lo necesario en términos exclusivamente operacionales y contar con que la estrategia no es sino «el arte de la distribución y aplicación de medios militares para la consecución de fines políticos» (Lidell Hart) con lo que ello implica. Recuerdo no vano en los días de la cristalización de los estudios estratégicos en este nuestro país, así como de una conciencia pacifista.

La obra que comentamos lo tiene bien presente.

En un mundo en el que últimamente, con el fracaso de la *détente*, distensión o coexistencia pacífica, se ha puesto de moda hablar de política de contención, no nos vendrá mal aprender algo de la historia reciente. El libro de GADDIS nos va a ofrecer de modo global un excelente análisis de la evolución de la política exterior USA frente a la Unión Soviética desde los años de Kennan hasta la época posterior al doctor Kissinger.

En un intento de breve resumen, diremos que GADDIS parte de dos ideas base: que la estrategia nunca puede divorciarse de los costes de ejecutarla y que, por tanto, ninguna estrategia puede ignorar los lazos existentes entre los fines que uno persigue y los medios a emplear para ello. O lo que es lo mismo, que ante los responsables nacionales sólo caben dos alternativas: restringir los intereses hasta alinearlos con los recursos disponibles o bien, provocar una expansión en las fuentes hasta alcanzar lo requerido por los intereses declarados.

En esta tensión va a analizar las políticas de contención.

Bajo las presiones *desmovilizadoras de posguerra* y la *debilidad económica interna* con graves riesgos inflacionarios, el concepto base de la estrategia articulada por Kennan y ejecutada por la Administración Truman entre 1947 y 1949 fue principalmente selectivo: En los intereses a defender (Europa occidental, el Mediterráneo y Oriente próximo más las islas del Pacífico), en los fines e incluso en la definición de la propia amenaza (la influencia soviética en tanto que control directo de Moscú).

Con los 50 (victoria de Mao en China, bomba atómica soviética), la percepción del incremento del peligro en áreas periféricas creció. El resultado puede verse en el NSC-68 y la expansión de fines que conllevaba.

La experiencia de Corea y el antikeynesianismo de la nueva Administración centraría la atención en la búsqueda de vías para hacer de la contención una política eficiente pero a menor costo. Y eso se consiguió con una contracción de medios en la forma de una reducción de fuerzas convencionales junto con el ensanchamiento de la capacidad de disuasión con armas nucleares, relativamente baratas al fin y al cabo.

El problema radicaba en la credibilidad. ¿Podría arriesgarse Nueva York por defender Quemoy? Tal era el argumento de Kennedy contra la estrategia anterior. Y aprovechando la menor importancia concedida a los déficit públicos, los Estados Unidos se embarcaron en lo que se conoce como estrategia de la *respuesta flexible*: responder a cualquier agresión allí donde ocurra y en el nivel que se desarrolle.

Sin embargo, la traumática experiencia de Vietnam reveló las limitaciones de tal esquema.

Enfrentada a la necesidad de rebajar los costes sin abandonar la contención, la Administración Nixon optó por la *détente* como el medio de actualizar y revalorizar la contención misma. Y de una manera muy simple, reduciendo el número de amenazas a contener.

El tándem Nixon-Kissinger intentó conseguirlo por tres caminos: primero, limitando los intereses propios, diferenciando claramente cuáles eran vitales y cuáles no, en

un esquema tradicional de equilibrio de poder de enorme atracción para el Kissinger historiador, como es sabido. En segundo lugar, la nueva Administración revisó los criterios para identificar adversarios. Ideología no significaría automáticamente hostilidad, siendo posible, en buena lógica, trabajar con algunos comunistas para contener a otros. De ahí el dramático cambio en la política USA hacia China popular. Por último, la Administración Nixon se comprometió y comprometió a los soviéticos por vez primera desde la Segunda Guerra Mundial en un directo esfuerzo para reducir las tensiones a través de la diplomacia. Ahora bien, como en todas las áreas se darían intereses concurrentes, la política «del palo y la zanahoria», de disuasión y estímulo, no debería ser relegada. Son los inicios de la idea de *linkage*: comercio, créditos y transferencias tecnológicas serían intercambiadas por la voluntad de Moscú en limitar la carrera de armamentos, cooperar en la crisis del Tercer Mundo e, incluso, ayudar a los Estados Unidos a salir de Vietnam?

Por tanto, aunque desde los primeros 60 el término *détente* ha connotado una relajación de tensiones con la Unión Soviética, para GADDIS difícilmente puede hablarse de un abandono de la política de contención. Sería mucho más preciso hablar de un esfuerzo imaginativo para acomodar tal estrategia a las realidades existentes, el óptimo entre medios y fines. Como Kissinger explicó con su habitual claridad, «*Détente* definía no una amistad sino una estrategia para una relación entre adversarios».

Hasta aquí el excelente trabajo histórico de GADDIS, básico para comprender que no hubo una política de contención, sino políticas de contención, determinadas por un conjunto de factores diversos en cada momento, y que supusieron enfoques y respuestas multidimensionales. Al menos así lo ha expresado en una ponencia sobre la distensión para el Aspen Institute Preparatory Group on East-West Relations a finales del año pasado.

Teniendo en cuenta que desde el 81 se ha asumido en los Estados Unidos la tarea de aplicar ilimitados recursos para la defensa y no preocuparse en negociaciones hasta que las situaciones de fuerza estén creadas, un libro que rechaza la aproximación monodimensional en términos militares a la política de seguridad nacional y que defiende contar siempre con los componentes políticos, económicos o psicológicos que constituyen la estrategia, no debe pasarnos desapercibido nunca, y menos en estos momentos.

RAFAEL LUIS BARDAJI

LAWRENCE FREEDMAN: *The Evolutions of Nuclear Strategy*. MacMillan Press, Ltd. Londres 1982. 472 pp.

No creemos equivocarnos si afirmamos que el año 1983 ha sido el año del *boom* para las cuestiones relacionadas con la seguridad, la paz y el desarme en España. Hemos asistido a una auténtica avalancha de información, hemos visto la dedicada labor de un número creciente de profesionales preocupados por tales temas y hemos vivido, en fin, la expresión abierta de la idea de paz que de alguna manera nos ha unido a una cuestión que recorría Europa, la seguridad.

Ahora bien, esta homologación, por así decirlo, con otros países ha tenido que ser cubierta y asumida de una forma acelerada. Al fin y al cabo, los problemas de

defensa, las cuestiones de seguridad, los estudios estratégicos en suma, han sustituido materias que siempre nos han sido un poco extrañas.

Si además sabemos que en los actuales debates sobre la seguridad en Europa suele suceder que se echa fácil mano de la historia, comprenderemos el porqué de la elección de este libro. Estemos convencidos o no, parece que la paz que vivimos ha estado garantizada en última instancia por el poder de disuasión de las superpotencias y en concreto por la disuasión nuclear. La obra de FREEDMAN es un cuidado y minucioso análisis sobre las decisiones y condiciones que enmarcan las diferentes doctrinas estratégicas y, en ese sentido, nos ayudará a entender cómo ha funcionado ese sutil mecanismo del terror, dentro de qué parámetros políticos y estratégicos ha existido y qué cambios ha contenido en la evolución de la estrategia nuclear.

Quede también claro que la laboriosa labor descriptiva del profesor FREEDMAN hace que cualquier posible resumen del libro resulte frustrante.

Lo primero que habría que recordar, tan metidos estamos en los efervescentes horizontes actuales, sería que si es difícil contemplar un futuro sin armas nucleares se debe en gran parte a que el 6 de agosto de 1945 la primera bomba atómica fue lanzada sobre Hiroshima. Aunque también sea cierto que hoy son mucho menos comprensibles las consecuencias del uso de tales armas por los riesgos que entrañan.

Sin embargo no siempre ha sido así. Muchos de los debates post-45 sobre «la bomba» eran, en su esencia, continuación de aquellos de preguerra: del poder aéreo y del bombardeo estratégico.

Dos problemas despuntan básicamente en estos años. Primero, el nivel tecnológico existente: el único sistema para lanzar una bomba atómica se limitaba a un convencional aeroplano pilotado. No olvidemos que los 8-47 reactores no aparecen sino en 1951 y los famosos B-52 en 1955. Por otra parte, el problema concernía al número de bombas atómicas necesarias, problema no del todo acuciante desde una perspectiva optimista que fue sorprendida con las primeras pruebas nucleares soviéticas.

La percepción de las posibilidades soviéticas, el nuevo valor que cobraban los arsenales más diversificados y el aspecto económico, fueron factores que contribuyeron a la nueva política de la Administración que sucedió a Truman. Es tradicional conceder la paternidad de la doctrina de *represalias masivas* a John F. Dulles, secretario de Estado bajo Eisenhower.

Esa «nueva imagen» que centraba el corazón del problema en cómo disuadir a la URSS de iniciar un ataque, hacía que la represalia masiva se concretara en la capacidad de infringir tal nivel de daños al adversario que le imposibilitara no sólo obtener beneficio alguno con su agresión, sino que hiciera peligrar su capacidad de supervivencia misma.

En razón de la superioridad estadounidense quedaba asegurada su credibilidad que hacía, al mismo tiempo, que los europeos disfrutaran a su vez del paraguas nuclear tranquilizador.

A pesar de que por estos días ya surgen controversias sobre objetivos limitados y medios también limitados, el desarrollo tecnológico (ejemplo fiel del momento: el lanzamiento del *Sputnik 1*) y el miedo americano a un ataque sorpresa no hizo sino comenzar una carrera armamentística desarrollada hasta el absurdo por ambas potencias.

En cualquier caso los años de tranquilidad habían acabado. Prueba de ello es el célebre *missile gap* de Kennedy. Y si bien la capacidad destructora seguía inclinándo-

se sin duda del lado americano, la posibilidad de que el territorio USA fuera alcanzado por primera vez en la historia directamente por armas soviéticas, llevó a un replanteamiento de la estrategia: se olvida la represalia masiva y se introducen la *respuesta flexible* y la *destrucción asegurada*. Detrás de todo ello, Robert S. McNamara.

La estrategia de *respuesta flexible* suponía disponer de todo un muestrario de opciones con las que reaccionar ante todo tipo de amenaza sin implicar directamente la guerra atómica generalizada, al menos no como paso inmediato. Lo que hoy conocemos por escalada.

Por su parte la *destrucción asegurada* requería una capacidad de respuesta para imposibilitar al adversario obtener beneficios de su acción agresora. Ahora bien, en caso de fracaso de la disuasión, en caso de guerra, los daños deberían limitarse en lo posible a la destrucción de las fuerzas militares y no extenderse a la población civil enemiga ni a las industrias. Era el paso de una estrategia «contraciudades» a una estrategia de «contrafuerzas».

Quizá el problema que planteó una estrategia así, lo fue para los europeos. Se exigía una mayor capacidad de defensa convencional en Europa frente a las fuerzas del Pacto de Varsovia y se garantizaba, en última instancia, la ligazón con los arsenales intercontinentales USA a través de la escalada del conflicto. La debilidad de tal compromiso político sería prontamente denunciada por De Gaulle y otros teóricos, como Gallois y el general Beaufre. Polémica que, como sabemos, condujo a la creación de una fuerza nuclear autónoma francesa, su *force de frappe*.

Los años Kennedy-Johnson dieron paso a la Administración Nixon-Kissinger y a lo que muchos denominan la época de las conversaciones, pero como se desprende de los excelentes trabajos históricos de John Lewis Gaddis, no sería sino una forma de disuasión más realista.

Sea como fuere, es en estos años cuando la Unión Soviética alcanzaría la paridad estratégica, y aunque la persistencia en la construcción u acrecentamiento de su poderío nuclear, su tendencia a sobrecompensar, empezó a ser calibrada seriamente, aun todavía con Carter se pensaba que lo verdaderamente importante era la capacidad americana de contrapesar las fuerzas enemigas por medio de la compensación de sistemas. Una suerte de equivalencia aproximada.

Finalmente, la carrera cualitativa, esto es, las nuevas tecnologías aplicadas a los arsenales existentes y en proyecto, ha hecho de la disuasión un equilibrio inestable. Los orígenes inmediatos de lo que conocemos como *first-strike*, *preventive attack*, *preemptive attack* (primer golpe, ataque preventivo, ataque de anticipación), etc., se encuentran ya en la doctrina Schlesinger (secretario de Defensa en 1973) de *opciones selectivas*, doctrina que se basaba sutilmente en la creciente precisión de las armas y la capacidad para golpear blancos específicos. Por su persistencia en situar el escenario del conflicto en Europa en un intento de resolver los crecientes problemas interaliados de la OTAN, Schlesinger suele ser considerado el «padre» de la guerra nuclear limitada. Limitada al viejo continente.

Como conclusión no nos queda más remedio que admitir que, lamentablemente, esa ha sido la tendencia del armamento nuclear desde su invención: incrementar su poder destructor al mismo tiempo que la facilidad para ser utilizado.

Sólo tres respuestas básicas pueden ser identificadas ante el hecho nuclear: explotar la destrucción total que implica para que precisamente no se dé de ninguna manera. Negar los beneficios al enemigo mediante una capacidad de represalia que

#### RECENSIONES

impida cualquier movimiento de su parte y, la tercera, desarrollar tipos de armas tácticas minimizando su poder destructivo con el fondo de librar y ganar una guerra nuclear.

Que ésta sea una opción en boga no es casualidad. Al menos, la actitud tomada por la Administración Reagan frente a los peligros de una contienda nuclear, sus acalorados pronunciamientos sobre luchar y ganar una guerra nuclear limitada, la posibilidad afrontada de ataques preventivos y la teoría de defensa civil basada en el *do-it-yourself*, si bien son la expresión de un rechazo de la política de *détente* que se valora un fracaso, han llevado a la reafirmación americana a un nivel sin duda peligroso. Y peligroso para todos.

Una reflexión como la de FREEDMAN no debe ser marginada en tal situación.

RAFAEL LUIS BARDAJI

